

# LECCIONES

## I

La Escuela primaria actual debe tender hacia las realidades de la vida de conformidad con el ambiente en que funciona. — Necesidad de atender a la educación de la voluntad. — Cooperación de la familia en la Escuela..

POR D. EDUARDO DE LANDETA

De la Junta de Instrucción Pública de la Diputación de Vizcaya

SEÑORES CONGRESISTAS:

La Sociedad de Estudios Vascos me ha honrado invitándome a ocupar esta tribuna.

Perdonad, señores, mi osadía al aceptarla, en atención a que para mí constituye deber-ineludible de todo vasco el prestar su concurso, elevado o modesto— el que fuere —cuando se es requerido para aplicarlo en pro y beneficio de la obra cultural de la Patria.

En aquel inolvidable Congreso que celebramos en la gloriosa e histórica Oñate, yo clamé por la libertad y por la tolerancia; y pláceme, señores, proclamarlo desde aquí, y muy alto por cierto, que esa libertad y que esa tolerancia, sin otros límites que la educación de los señores conferenciantes, presiden el programa establecido y aprobado por la Comisión de la Sociedad de Estudios Vascos para el actual Congreso, para esta fiesta espiritual que estamos celebrando en la capital del antiguo Reino pirenaico, en Pamplona, guardadora de mil recuerdos de las civilizaciones pretéritas que engendraron la actual y prepararon las que vendrán; libertad y tolerancia que han sido siempre característica de la vieja tierra vasca, que constituyen ejecutoria inequívoca de educación, y sin las cuales, no existe convivencia posible.

Nunca como ahora, señores, se ha vuelto más realista la educación, teóricamente hablando; nunca, no obstante, distó más de la realidad: paradoja ésta conciliable para el fino observador de las cosas y que no se detenga en la corteza de las mismas. Nunca se ha hablado más del pensamiento de los grandes educadores; del estudio de la naturaleza del niño, de sus sentimientos, de sus afecciones, de sus facultades cognoscitivas, de su voluntad...; pero es lo cierto, que nunca se han estudiado menos ni se han tenido menos en cuenta en la obra educadora. Cuando más, quienes presumen de personas científicas en la ciencia de la educación — y esto abunda entre nosotros— eluden con palabras poco comprometedoras las cuestiones de detalle, que son las que tienen verdadera importancia y forman la trama de la vida, para deslumbrarnos con términos de una vaga generalidad que seducen a los profanos, aunque dejen a oscuras a los que miran con interés el fondo de las cuestiones educativas.

Así es como han hecho fortuna vocablos tales como *dirección, orientación, creación de interés, adaptación al medio, realidad de la vida, pedagogía moderna* y otras fogatas no menos indecisas que efímeras por falta de leña.

Pero en el fondo queda una obra arcaica, ligera, verdaderamente insustancial y desligada de la vida, de la vida verdadera, se entiende, en que vivimos y nos desarrollamos; de la vida sencilla, parecida a la de todo el mundo, que debemos enseñar al niño, porque si no, cuando sea hombre, se expondrá a que la vida misma, como el sargento al recluta, se encargue duramente de meterle en filas.

Con esta manera de entender las cosas, no puede dar la Escuela que nos impone el

Estado los frutos que tenemos derecho a esperar de la función docente. Comprueba este aserto que acabo de hacer, mil preocupaciones, cuya enumeración sería tan pesada como ociosa para quienes se dedican a estos asuntos.

Daré sólo a título de ejemplo esos complejísimos problemas que estamos ya cansados de oír sobre el uso del lápiz y del pizarrín, de la tiza y de los encerados; o si por encima de estos no están los otros, los de la pluma y del papel que ensucian menos los dedos de los tiernos alumnos, y que ¡ay! tanto cuesta lavarlos después, ya que, por una inconsecuencia de estas profundidades, se olvidan generalmente del lavabo, de la piedra pómez y de la toalla.

La mesa y el banco —pongo otro ejemplo— han hecho derramar mucha tinta y gastar mucho papel, aunque muy bien empleado, pues gracias a estas doctas elucubraciones se ha llegado a la conclusión de que si no hay mesas, bancos bipersonales para los alumnos, formando lo que pedagógicamente se llama un cuerpo de carpintería, muy poco pueden aprender los alumnos y muy poco también tiene que valer la escuela.

Y paso por alto, señores, la resolución de la alta pedagogía de retirar de las clases de la Escuela los tableros, mapas, cuadros, etc., para que las paredes aparezcan limpias, además de ofrecer la ventaja de que esos objetos no se tengan que despolvarlos ni acaso que usar.

Estamos, pues, en la escuela de las artificialidades, de lo convencional y de la ñoñez; pensamientos profundos, cuestiones trascendentales de la vida, nada. Se desaprueba sin enseñar; se enseña para examinar, no para desarrollar la inteligencia; cuando más que enseñar se debe educar; y antes que saber, vivir; y antes que cultos, sanos; como antes que sabios, hombres.

¡Cuántas y cuántas cosas nos debieran llamar la atención con preferencia, en estos tiempos en que el mundo espera su renovación de la obra cultural de la Escuela y ésta de su Universidad! ¡Por esa obra que renovara las generaciones hacia una mejor y más justa concepción de la vida y hacia un conocimiento más exacto de su situación en el mundo y de sus deberes y de sus derechos.

Es evidente, como dice Spencer — autor que antepone a los fines sociales y políticos los del gobierno familiar, evita la coacción e inicia régimen de libertad esencialmente opuesto al de reglamentaciones uniformadoras, de usanza francesa, que cohiben y ahogan en la función educativa aquella libertad que se pretende lograr en vida pública — ; es evidente — repito —, como dice Spencer en su estudio sobre la educación intelectual, que la Escuela debe participar, de una manera general, del medio ambiente en que vive, del medio donde la Escuela ejerce su misión, y «que no puede dejar de haber relación entre los sistemas de educación sucesivos y los estados sociales que han coexistido.»

Pero quisiera también, señores, que la Escuela no sea la última en sentir esas influencias, y que si posible fuera que sintiese sólo aquellas, las buenas, las que le infundieran vida y calor, para que mirando a la educación en sus orígenes, subiendo desde ellos a las varias manifestaciones comprendidas en la unidad del espíritu que las crea y armoniza, y por ella alcanzaran virtualidad educadora, ya que según el doble principio real de que cada cosa engendra su semejante, y según el moral de que cada cual se obliga con lo que engendra, cumple y cumpla así su misión y la perfeccione.

Por desgracia nuestra, la Escuela no es un elemento director; y en este particular va más bien a remolque, en la marcha social.

Muchos años hace que Pestalozzi, ese deudor ciertamente al espíritu libre de la libre tierra Suiza y que no pudo conciliar ese espíritu de libertad con el centralizado y unifome del gran Emperador, hizo enérgico llamamiento a los educadores hacia la realidad, enseñando con sus escritos, y más aún con su palabra y mucho más con sus obras; muchos años hace que Jovellanos pedía más práctica y menos teoría, en nuestra enseñanza; y muchos años hace también que Iciar y que la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del

País, apuntaban métodos para enseñar experimentalmente, lo que se explicaba de palabra; y, sin embargo, ahí está la escuela pegada al más rancio verbalismo, cuando es sabido que las ciencias, las artes y aún las letras, deben sus grandes progresos o profundas transformaciones, bien al método experimental y de observación directa de la naturaleza, bien a la lógica inductiva, sobre la aristotélica de la deducción.

El saber por el saber, fórmula simplicista como la de la libertad por la libertad, anteponiendo y encareciendo la instrucción, se ha rectificado ya, felizmente, como falaz y engañoso espejismo. Tanto el filósofo de Ginebra, como Port Royal, como el P. Gerard, como Pestalozzi, como Herbart, como tantos otros, uno de los puntos en que más insistieron, fué, sin duda alguna, el de enterarse de las cosas directamente o por las cosas mismas.

De cómo ha sido comprendido y sobre todo aplicado este principio, que es la base de toda enseñanza, da testimonio irrecusable nuestra escuela primaria actual, divorciada con la realidad de la vida y divorciada también en muchas partes por la diferencia de lengua y de naturaleza, más claro todavía, con el pueblo, con el ambiente donde tiene por misión ejercer su misión educadora.

La misión de la escuela primaria debe ser, mejor dicho es, aunque conservando en la enseñanza un aspecto general, conseguir hacer esta enseñanza más concreta, poniéndole en contacto con las realidades que le rodean y con ella conviven, estudiando el oficio o profesión o forma con que el hombre trabaja para ganar la vida, y de este modo, preparar al niño para ponerle en condiciones de elegir y para el aprendizaje de la profesión escogida.

Pero ¿cómo puede la Escuela de hoy realizar este sublime cometido, si como dice el Marqués de Figueroa «Al movimiento de la libertad, que no basta lo individual a contener, que cuanto más activo y potente sea, más adelantará en obras sociales, aplica el Estado rasero nivelador, iguala a raíz del suelo, coarta toda expansión desde sus primeros asomos?»

La enseñanza primaria, por ser de inmediata aplicación a las necesidades de la vida común, debe tener carácter eminente práctico, de modo que responda a la realidad de estas necesidades, sin excluir en la realización de cada una de ellas, las diferencias locales o regionales o nacionales, que por el carácter y circunstancias que concurren en ellas es preciso tenerlas muy en cuenta y estudiarlas debidamente para su mejor aplicación.

De esto último depende seguramente su éxito.

La ley de adaptación, se impone hoy en la Escuela primaria. Esta escuela no debe ser la misma en el litoral como en el bosque o en la montaña, así como tampoco el tipo industrial o técnico no puede ser el mismo en el país del carbón y en el de la metalurgia; ni la Escuela que radica junto con la gran industria puede ser la misma que la que funciona en el ambiente de la pequeña; y por lo tanto, los programas generales de las escuelas primarias, deberán adaptarse a las necesidades locales y regionales con reglamentos particulares que así lo aconsejen y reconozcan, en una palabra, estableciendo escuelas que trabajen adaptadas a las necesidades del lugar o comarca donde funcionen, método este de que Inglaterra ha dado y continúa dando instructivos ejemplos, método adaptado ya por el legislador belga en sus escuelas primarias, método y ejemplo que la misma Francia de suyo tan excesivamente centralizada y uniforme, se apresta a ponerlo en práctica, reclamado por la voz vigilante de sus educadores, y sobre todo, por el pueblo, francés, ante las necesidades mayores y más urgentes de la vida.

Hay que arrancar al niño de la estrechez y esterilidad libresca para ponerle en contacto viviente con la vida. Empero, si escuetamente la nueva labor se reduce a cambiar la experiencia indirecta sustituyéndola por la directa, no se obtendrá ciertamente el resultado positivo que se apetece, porque ambos métodos son necesarios y se complementan entre sí. De una parte, el trabajo, por la otra la reflexión sobre el trabajo; de un lado el estudio, y, del otro, la aplicación inmediata y concreta del conocimiento adquirido por ese estudio; y por encima de todo esto, y encarnado en lo más hondo de todo esto, la iniciativa

y la acción propia de cada niño, el desarrollo sincero de cada alma individual ante la satisfacción de su propia naturaleza.

Precisamente, por reconocerse hoy cuanto puede influir la enseñanza primaria en la regeneración de los pueblos, después de esa horrible guerra, ante las enseñanzas que de ella se derivan, la opinión reclama reformas que eleven la cultura general, la educación general, que aumenten la capacidad de las clases productoras de la riqueza nacional; instruir al labrador para hacerle mejor labrador; al industrial y al comerciante, no es solo en efecto, ponerle en condiciones de obtener las mayores ventajas personales del ejercicio de su profesión, sino aumentar la producción agrícola, desarrollar las industrias y ensanchar el comercio. Solamente con enseñar al obrero y al hijo del obrero las aplicaciones de las ciencias y de las artes a los oficios manuales, se puede conseguir un gran movimiento industrial y mercantil, como así lo han conseguido otros países.

Pero no basta proporcionar al individuo aquel grado de instrucción que requieren posición social ni tampoco ponerlo en condiciones de elegir una profesión u oficio; es menester educarle, es decir, desenvolver sus aptitudes, facilitar el juego de sus facultades, fortalecer y dirigir convenientemente su inteligencia, sus sentimientos y especialmente su voluntad. Más importante que formar hombres ilustrados es hacer hombres; hombres de vigor físico y espiritual; hombres de corazón que no permanezcan indiferentes ante las desgracias de sus semejantes ni las de su Patria; hombres de recta conciencia y firme voluntad, que tengan carácter para cumplir sus deberes, y energías bastantes para no doblegarse y hacer respetar sus derechos y para hacer por sí todo lo que les interesa, sin esperar a que venga la solución por mano ajena,

Y si en todas partes es esto necesario, mucho más ha de serlo aquí en nuestra vieja tierra vasca, donde no en balde, aplicando la afirmación hecha por un ilustre escritor, hemos experimentado, y así lo estamos pagando, señores, la influencia de una especie de fatalismo musulmán y de la indiferencia mora, y hemos pasado y estamos aún pasando bajo un despotismo que ahoga todas las libertades e iniciativas individuales.

Si hemos de corregir nuestras costumbres; si hemos de salir de nuestra apatía y de nuestra indiferencia; si hemos de fortalecer nuestra voluntad, despertar las energías individuales y formar caracteres; si hemos de ocupar en el mundo el puesto que supimos dejar escrito en la Historia, preciso es dar a la educación toda la importancia que tiene en la obra de la enseñanza. Precisamente el gran problema sociológico de la educación consiste, según decía Guyau en su libro «Educación et hérédité», en transformar la herencia de las razas de modo que cada generación mejore las condiciones que heredó de las precedentes en favor de las que han de sucederla.

La educación ha de hacerse en todas partes y en todas ocasiones: en la Escuela, en el Instituto y en la Universidad; en la enseñanza general y en la técnica. M. Greard, tan competente en esta materia, dice en el prefacio de su obra «Educación e Instrucción»; «No desestimamos ninguna de las necesidades de la enseñanza moderna, de la enseñanza que enseña haciendo y en contacto íntimo con las realidades de la vida; es preciso hoy saber, y saber mucho: producir, y producir mucho, para tomar rango y ser tenido en cuenta: pero lo que valdrá siempre más en el hombre, es el hombre. El desarrollo de la inteligencia y la formación del carácter constituyen el asunto común de estos estudios (que abrazan los tres grados de la enseñanza); y si hubiéramos de resumir nuestro pensamiento, en una palabra, pondríamosle por lema: *Educación, educación y una vez más educación*».

En suma: formar hombres útiles para sí mismos y para la sociedad mediante una instrucción y una educación adecuadas a la posición y a la ocupación de cada cual y de cada medio en el mundo tal es, a mi juicio, el fin que debe aspirar nuestra Escuela Vasca.

Y dicho lo que precede con relación a que la Escuela primaria actual debe tender hacia las realidades de la vida en conformidad con el ambiente en que funciona, así como

también respecto a la necesidad de atender a la educación de la voluntad, paso, señores, a ocuparme de la cooperación de la familia en la Escuela.

En la magna obra de la educación no sólo no puede prescindirse de la familia, sino, que toda obra de esta naturaleza, para que tenga eficacia, tiene por necesidad que ir apoyada y continuada por ella, ya que constituye una base esencial dada la condición misma de la obra.

Cierto que toda Escuela no libresca, sino que vive la vida, tiene el deber de reflexionar y de meditar mucho sobre estos o parecidos problemas: ¿de qué manera, el concepto que tengo formado de mi misión, influye sobre el desarrollo del alma infantil? ¿Por qué mis programas de instrucción resultan incomprensibles para muchos niños? ¿Qué debo hacer para estar siempre en contacto estrecho con las ideas jóvenes y vivientes? ¿Cómo, y de qué me valdré para sostener el equilibrio de la salud, para ser humana, para no perder la clara visión del porvenir, ya que el niño que a mí se me entrega es padre del hombre? ¿Qué medios pondré en práctica para evitarle las penas y preservarle de los peligros de la vida de trabajo, hasta tanto que se encuentre en plena posesión de la fuerza física y de la energía mental que le formarán apto para defenderse por sí mismo? ¿Y de qué manera y en qué forma, por fin, combinaré la actividad productora y la bondad y la voluntad dueña de sí misma, el civismo, la cooperación de la familia y con todos estos elementos constituir la felicidad del niño?

Pero aún aceptando de buena voluntad que esta Escuela, de esta manera bosquejada, tuviera a su frente un maestro de vocación verdad, perito en el arte de enseñar, enseñando, aunque poco sabio y sin brillantes hojas de estudio, pero convencido, como dice don Francisco Giner, de que él y el cura son las dos más grandes energías educadoras de la vida presente, y por lo tanto, con conocimiento exacto de la enorme responsabilidad que tiene contraída ante su propia conciencia, condiciones éstas bien sobradas, a mi juicio, para ser un buen maestro, ¿es, acaso, que esa Escuela y que ese educador pueda ni deba prescindir en la obra educadora de la cooperación de los padres, de los parientes o de los tutores de sus educandos?

Si la Escuela ha de ofrecernos los frutos de su labor educativa, a lo que se tiene derecho, es necesario que entre ella y las familias de los niños se establezca una «*entente*», una cooperación más estrecha, más íntima que la que actualmente tiene establecida.

La importancia capital de este problema es de tal índole, que me dispensa el trabajo de exponerla.

Patente está que en nosotros la Escuela y la familia se encuentran en absoluto distanciadas en la labor educativa; y a nadie se oculta, ciertamente, la alta conveniencia, mejor aún, la necesidad de asociar las familias y los maestros en la obra común de educar la juventud.

Con el fin de entablar y estrechar relaciones entre los padres o tutores de los niños y sus maestros de instrucción primaria, en algunas naciones—yo he tenido el gusto de comprobarlo—se celebran con frecuencia reuniones en las propias Escuelas, en las que los padres y maestros cambian impresiones, cruzan ideas y presentan observaciones respecto a la labor educativa de los escolares. En algunas de estas conversaciones se ha puesto sobre el tapete, para que lo estudiaran los padres de familia y los maestros en común, cuestiones como estas: ¿Existen o no defectos dignos de ser corregidos en el horario de la Escuela y en el empleo del tiempo? En las Escuelas rurales ¿deben concederse las vacaciones en la misma época del año que en los centros urbanizados? ¿Cuál es el día de la semana que los niños están más recargados de trabajo, o que el trabajo de la Escuela parece ser más duro? ¿Cuáles son las lecciones que les exigen más tiempo para comprenderlas? ¿Saben los niños estudiar y trabajar estando solos en su casa?

Salta a la vista, señores, que la celebración de esa clase de reuniones se haría muy difícil, casi imposible, hoy en día, porque nosotros no hemos sido educados dentro de ese

ambiente; y, por desgracia, la generación actual—en general—tampoco recibe la educación que la actuación apuntada exige para practicarla.

No cargaré a los maestros—pues fuera manifiesta injusticia el cargarlos—con toda la responsabilidad del apartamiento en que hoy se encuentra la familia de la Escuela; pero sí he de apuntar, aunque de pasada no más, que el Magisterio, en general, es refractario a toda intervención ajena a su profesión en la Escuela.

Pero si estas reuniones no se procuran; si en cada barriada, en cada distrito donde la Escuela radica no existen constituidas Juntas de padres de familia que, presididas por el maestro, celebren fiestas y conferencias y hagan de la Escuela el centro de donde salga toda iniciativa y todo homenaje para toda acción buena y tutelar y humana (labor del maestro, a mi juicio), aún queda ancho campo a la acción de la familia para intervenir en la educación de la juventud. ya que el estudio y el conocimiento del niño son las primeras condiciones que se exigen para educarle.

Es menester establecer y precisar la responsabilidad de los padres respecto a la educación de sus hijos.

Muchos se imaginan que su acción educativa ha cesado en cuanto comience la acción del maestro; y con frecuencia se advierte que muchos padres se creen relevados de educar intelectual y moralmente sus hijos.

Es un error. En materia de educación como en materia de enseñanza, la escuela no puede ni debe sustituir en absoluto a la familia, ya que es una prolongación, un complemento de la misma; como a la vez la familia debe ser una prolongación, un complemento de la Escuela.

Es preciso evitar en primer término, y en manos de la familia está el evitarlo, que cuando un niño penetre por vez primera en la clase de una Escuela, sea un desconocido de quien nada sepa el maestro e ignore su temperamento y su carácter.

Para guiar al niño, instruirle, educarle, cual corresponde a su naturaleza, para aplicarle los métodos de instrucción y de disciplina más adecuados a su ser, para colocar en su tierna inteligencia la chispa que le ha de hacer marchar en la vida, es preciso que el maestro está enterado, tanto de las buenas cualidades del niño, como de sus defectos. Y estos datos sólo la familia que conoce al niño desde su nacimiento puede proporcionarlos con relativa exactitud al maestro, estableciendo de esta suerte, lo que llamaremos la ficha fisiológica y psicológica del educando, ficha, que en forma de cuestionario debiera establecerse, para que la llenen con sus respuestas las familias de los niños que concurren a las escuelas.

No siempre las contestaciones serán sinceras e imparciales, ya que, el amor propio familiar entra de por medio en el asunto, y además, ¿qué madre será capaz de declarar que su hijo es un perezoso, un embustero y un vicioso?

Con estos datos, una vez contrastados o cuidadosamente rectificadas podrá el maestro de vocación y de olfato, establecer una ficha, la cual, constituye la primera parte del *dossier* o expediente de cada escolar, con el que fácilmente podía llegarse a establecer «el cuaderno de correspondencia» entre el maestro y las familias de los discípulos.

Este cuaderno ha de ser un cuaderno de correspondencia verdad; no un pliego de papel en el que escriban cifras que funcionen automáticamente; documento insípido, en el que el maestro consigna, a fecha fija, tal cual observación; y el padre de familia se limita a estampar su firma.

Este cuaderno, convenientemente organizado, resultaría ser una especie de crónica de la vida de cada escolar, y en él se consignarían todas las observaciones, todos los reparos interesantes y característicos relativos al comportamiento, conducta, trabajo y actos todos de cada alumno, tanto en casa como en la Escuela.

Esta reciprocidad, convertida en regla de riguroso cumplimiento por maestros y pa-

dres, permitiría, que a las notas, a las observaciones, a los reparos de los unos, correspondieran las observaciones, los reparos y las notas de los otros.

Además, entiendo, que en materia de educación, es indudable que la publicidad, constituye con frecuencia, un estimulante, un preservativo y un medio de corrección.

Daríase el caso, de que un niño realizara buenas acciones por el afán de verlas publicadas, e igualmente, otro niño se abstendría de cometer una mala acción, por temor a que al verla publicada tenga que enrojecer de haberla realizado.

¿Es acaso aventurado suponer, que si los niños se aperciben de que sus padres y sus maestros sostienen frecuente correspondencia, y, por lo tanto, que los actos reprobables que cometen bien en la Escuela o en su casa, serán conocidos por sus padres y maestros, que no pondrían más cuidado en sus procederese?

De buen grado reconozco, que los hechos que se anotan en ese cuaderno, serán por demás pueriles, salvo contadas excepciones; pero convengamos, que la vida infantil, de suyo tan pródiga en incidentes, ofrece, empero, muy poco que podamos llamar verdaderamente característico.

Los niños, rara vez se elevan hasta la virtud; como tampoco descienden apenas hasta el vicio.

La mayor parte de los actos que realizan los niños, están, en general, desprovistos de todo relieve; ¿pero dejan, acaso, por eso, de ser dignos de que se les preste atención? El vulgo podrá negar o ignorar la importancia de esos actos, pero un educador, un pedagogo o simplemente un patriota interesado por estas cuestiones, sabe, que precisamente, son los hechos menudos y sencillos, los que ejercen frecuentemente la influencia más decisiva en la orientación y en la formación de la conciencia del niño.

Con ese cuaderno, en casa, sin quererlo, se seguiría casi sin sentir paso a paso la labor del niño, y a ello habrían de sumarse los padres, transmitiendo sus observaciones al maestro, quien con todas ellas reunidas, pudiera trimestralmente pasar a cada familia un cuestionario en estos o parecidos términos:

¿Cree usted que el niño ha progresado en este último trimestre? ¿En qué consiste ese progreso? ¿Qué parte de la enseñanza le interesa al niño y cuál se le hace más difícil?

¿Se ha hecho más curioso? ¿Más observador? ¿Más reflexivo? ¿Se pone solo y de buena gana a trabajar? ¿Se ha observado en este trimestre que se ha corregido de algunos defectos o ha contraído nuevos? ¿Ha adquirido alguna nueva cualidad? ... y otras, que se le sugieren a todo buen maestro, que precisamente, por serlo, sabe que no debe arrebatarse a la familia el campo de acción que por derecho propio le corresponde en la educación, y que sus libros y procedimientos, como ha dicho Pécaut, no igualarán jamás a la familia para imprimir a los hijos las cualidades y las virtudes cardinales en que se asientan todas las demás; como sabe también, y con frecuencia debe recordárselo a los padres de sus discípulos, que según Greard, la educación, sólo podrá ser un éxito con la condición de que sea la familia la que la prepare, la sostenga y la complete.

Con una Escuela en cuya labor cooperara la familia, con una Escuela que se aplicara en la educación de la voluntad; con una Escuela que tendiera hacia las realidades de la vida, de conformidad y reflejando el ambiente en que funciona, ciertamente que seríamos un pueblo educado.

Porque en verdad, señores, ¿es que nuestro pueblo, el pueblo vasco es un pueblo educado?

Hay que negarlo rotunda y dolorosamente; y no lo digo por el número extraordinario de analfabetos, sino, por la cifra de ineducados que es más extraordinaria todavía.

El problema de la Escuela primaria es cuestión magna, y necesita más que ninguna otra, concepción clara, ánimo sereno, paciencia inquebrantable.

A nosotros, empero, no nos es dado todavía aplicar a ese problema soluciones hoy en boga en pueblos más adelantados que el nuestro. Nosotros tenemos que ser más modes-

tos y empezar nuestra labor por donde aquellos pueblos empezaron antes de llegar al nivel de cultura que ostentan en el mundo; y sin perder de vista, claro está, aquel ideal, aquella lista de los *desiderata* para la educación de nuestro pueblo, antes bien, tomándolo por faro que nos guíe y nos sirva de luz en nuestra función docente.

Nosotros tenemos que hacer que ya que el niño no va a la Escuela sea la Escuela la que vaya al niño; nosotros tenemos que empezar enseñándole al niño a lavarse, lavándole; nosotros tenemos que empezar enseñando a los padres de los niños, que sus hijos son algo más y valen mucho más que las *caballerías*, ya que, a éstas cuando las llevan a pastar, designan un vecino o un amigo para que no se extravíen y les eviten los peligros; y en cambio, a seres más débiles y delicados, y que están expuestos a mayores riesgos, y deben serles más queridos, pues se trata de sus propios hijos, los dejan abandonados en el campo o en la ciudad, sin que nadie los cuide y menos los dirija; nosotros tenemos que empezar enseñando al pueblo lo que es, y el puesto que ocupó un día en la historia; tenemos que enseñarle a conservar su lengua, y a amar su ley, no sólo por ser la mejor, sino la única; tenemos que enseñarle a bastarse para sí mismo, a pensar, a razonar, y a medir sus fuerzas para ponerle en condiciones de defender la verdad en donde quiera que la halle; a servir a la causa de la justicia, a perdonar las ofensas, a admirar el talento, la belleza y el arte, a compadecer al desvalido, a proteger al débil: tenemos que enseñarle los accidentes geográficos de nuestro país para que aprenda a venerar el solar de sus mayores, a amar a su Patria con un amor sincero, que se paga menos de cantar sus glorias, que de trabajar tenazmente para corregir sus miserias; y tenernos, por último, que empezar enseñando a las clases elevadas, erigidas en directoras, la imprescindible necesidad de poner la ley al servicio de la lógica, del buen sentido, de la tutela de todos los derechos y de todos los intereses, juntamente con la de todos los deberes, porque de otra suerte acrecentaríase el peligro de que corra suelto, al galope y sin freno, el caballo de que habló Tolstoi, porque las ideas no se destruyen con cañones ni con cárceles. ¿De qué sirvieron, en efecto, los quemaderos del Santo Oficio para extirpar la herejía?

Jesucristo—se ha dicho—no acaudilló ejércitos, ni ametralló ciudades, ni persiguió gentes que como Él no pensarán, ni esgrimió el acero como Alejandro o como César... Y sin embargo, su voz resonó en el mundo, y se impuso a los Monarcas, y sujetó a los guerreros, y dominó a las masas, y redimió a la mujer, y emancipó al siervo, y dió libertad a los pueblos, y llevó el consuelo al afligido, y sembró semillas de amor y caridad, que unieron y estrecharon a los hombres en un espíritu de resignación, de esperanza, bastante por sí solo a consolidar sobre firmes, enhiestos pies derechos, la paz social; dejándonos como blasones indisputables suyos, su grito de protesta contra los opresores y su afirmación de la solidaridad humana.

Desdichadas las Naciones, desdichados los pueblos donde se aceptan sumisos y humillados, —inequívocos síntomas de ineducación— el caudillaje de espíritus audaces, que, atentos sólo a las demandas de sus propios menesteres, o a las voces de timbre exótico, los solicitan para hacerles servir de instrumentos de desatentados planes, disolventes de organizaciones consagradas por la práctica, y de toda honrada y contrastada comunidad política y social! Y más desdichados, todavía, si esos pueblos, a la confederación de todas las infamias de dentro y de fuera, no oponen la activa resistencia, ni aún la protesta siquiera del que siente invadidos sus pulmones por el ambiente asfixiante de la cloaca! Allí donde la ciudadanía no es honor de que se blasona, sino mercadería que se enajena, se hipoteca, se permuta, se desdeña o se cede como galardón postizo de gárrulos sofistas, no habrá manera de alentar el noble espíritu de las grandes empresas, de las gloriosas reivindicaciones, para desafiar, con garantías de triunfo, los embates, cada vez más brutales, de esa menguada falanje, que explota, cobarde e insidiosa,—no quiero saber bajo qué amparo—la fácil credulidad de gentes ignorantes, ineducadas e inconscientes.

Señores: por la educación hagamos hombres y tendremos Patria.



## TEXTOS UTILIZADOS PARA ESCRIBIR LA LECCIÓN PRECEDENTE

---

- Alba, don Santiago.**— Prólogo y notas a la obra de Edmundo Demolins, «En qué consiste la Superioridad de los Anglo-Sajones».
- Arnold Mattheu.**— «Reports on Elementary shools 1852-1882». Año 1910.
- Artiñano y Galdácano, don Gervasio.**— «Jovellanos y su España». 1913.
- Angelo, Patri.**— «Vers l'Ecole de Demain». 1919.
- Balparda, don Gregorio.**— «El Fuero de Vizcaya en lo Civil». 1903.
- Bugnon, Emile.**— «L'Ecole Primaire et les Leçons de la Guerre» 1919.
- Cardenal Vanutelli.**— Discurso de salutación al pueblo inglés a su llegada a Inglaterra a presidir en nombre de S. S. el Papa, el Congreso Eucarístico de Londres. 1908.
- Comte, Amadee Visart.**— «La Belgique Bilingue». 1919.
- Dato Iradier, don Eduardo.**— «Justicia Social».—Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. 1910.
- Dufrenne, Pierre.**— «La Reforme de l'Ecole Primaire». 1919.
- Hay, Jan.**— «The lighter side of shool life» 1914.
- Hamilton Archibald, G.**— «The Power of Play in Child Culture». 1913.
- López Muñoz, don Antonio.**— «La Política y la Moral».— Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. 1912.
- Marqués de Figueroa.**— «De la Educación Moral».— Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. 1912.
- Manroe, Paúl.**— «A Brief Course in the History of Education». 1909.
- Madrazo, don Enrique.**— «Introducción a una ley de Instrucción Pública». 1918.
- Maura y Gamazo, don Gabriel.**— «El divorcio sueco-noruego». 1906.
- Montessori.**— «Pedagogía Científica». 1915.
- Nunn, T. Percy.**— «Education ist data and first principles». 1920.
- Paeuw, León de.**— «La Reforme de l'enseignement populaire en Belgique». 1919.
- Perre, A. Van.**— «The language question in Belgium». 1919.
- Proyecto de una Escuela Patriótica, presentado a la Junta General de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, por su Junta de Instrucción. 1775.
- Sánchez Toca, don Joaquín.**— Discusiones habidas ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre el tema «Sentido general en que debe llevarse a cabo la reforma de la enseñanza en España». 1899.
- Santa María de Paredes, don Vicente.**— Id. íd. íd. 1899.
- Salvador, don Amós.**— Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. 1912.
- Silió y Cortés, don César.**— «La Educación Nacional». 1914.
- Ugarte y Pagés, don Javier.**— «Las modernas ideas de organización social y nuestras antiguas leyes y costumbres». 1911.
- 
-